Edición especial 4,95€

Elisabetta Gnone

FAIRY OAK

EL SECRETO DE LAS GEMELAS

DESTINO

Elisabetta Gnone

Fairy Oak

El Secreto de las Gemelas

I

Proyecto artístico de Elisabetta Gnone
Ilustraciones: Alessia Martusciello
Colores: Barbara Bargiggia
Acuarelas: Corinne Giampaglia
Los cuadros del señor Poppy han sido pintados
por Antonella Iozzolino y Miriam Pagliaro
Cubierta: Alessia Martusciello, Barbara Bargiggia
y Alessandro Barbucci
Doy las gracias a Tim Bruno por su asesoramiento editorial

UNA PRODUCCIÓN

BOMBUS

Visita el pueblo del Roble Encantado en
www.fairyoak.com

Título original: *Fairy Oak. Il Segreto delle Gemelle*
© del texto y las ilustraciones: Elisabetta Gnone, 2013
Traducción del italiano de Miguel García

© 2009 *i Libri della Quercia*, Elisabetta Gnone

Destino Infantil & Juvenil
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© Editorial Planeta, S. A., 2013
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: noviembre de 2013
Primera edición en este formato: enero de 2016
ISBN: 978-84-08-15002-2
Depósito legal: B. 26.514-2015
Impreso en España – Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

ÍNDICE

Llegada a Fairy Oak 8
Roble Encantado 11
La familia Periwinkle 16
La hora del cuento. 19
Dos hermanas casi gemelas. 22
Volar es mágico 27
El vuelo de Babú. 35
Aquella mañana 40
El capitán Talbooth y exquisiteces 48
La niña del ratoncito 55
Pervinca, preguntada en clase 61
¡No invitéis a todo el pueblo! 64
Primero la lluvia... 72
Después los Pimpernel... 78

Por último la oscuridad 85
Y con la oscuridad, los truenos 90
Los trágicos presagios 99
El telégrafo de las hadas 104
El Terrible 21 107
El rapto de Pervinca 113
El tiempo de las brujas 124
El Mágico Reglamento 129
La espera de Felí 133
Hadas en la niebla 137
Una llegada inesperada 143
Más allá de la oscuridad 153
El instrumental de magia 157
Sorpresas buenas y malas 163
El secreto de Arrochar 173
Un corazón tiembla 179
Un «rumoreo» de Roble 185
A la caza de la luz 190
El domingo en Fairy Oak 198
El olor de la traición 203
Los pensamientos de una hada 210
La discusión 212
Entretanto, en casa... 220
Doña Desconocida 222

Yo, mientras... 226
La granja de los Poppy 227
¡Tu nombre eres tú! 233
Bosque-que-Canta 237
La mentira de Scarlet 241
Una está a salvo... 246
¡Libre! 248
La sombra del enemigo 250
La batalla 256
Juntas de nuevo 266
El abrazo 269
La atroz sospecha 271
El secreto de las gemelas 276

Llegada a Fairy Oak

Cuando llegué a Fairy Oak, las niñas estaban a punto de nacer. Había hecho un largo viaje, en el que había atravesado muchos reinos mágicos hasta alcanzar el pueblo de Roble Encantado. Mis alas estaban cansadas, pero la emoción me impedía parar su temblor. Es comprensible, ¡se trataba de mi primer trabajo!

—Buenos días. Me llamo Sifelizyoserédecírosloquerré, ¡soy el hada niñera que solicitó al Gran Consejo! —dije a la anciana señora que salió a la puerta.

Tenía el cabello blanco como las rosas de su jardín, manos de dedos largos y delgados, y el porte de una reina. Estuvo unos instantes sin decir nada. Tenía los ojos muy abiertos y fijos en mí, y por un momento pensé que era de piedra, porque, en vez de respon-

derme, permanecía callada e inmóvil como una estatua.

De repente se sobresaltó, entornó los ojos como para oír mejor y profirió:

—¿¿¿Eh???

No me dio tiempo a repetirlo, pues ella, tras un largo suspiro, me dijo sonriendo:

—Encantada de conocerte, Feliztequisiera, es decir, Querrédecirlofeliz... En fin, sé bienvenida. Deja que te vea, eres más guapa de lo que imaginaba. Por favor, siéntate en este bizcocho de cerezas, no hace mucho que lo he sacado del horno y aún está templado, estarás cómoda y podrás descansar.

La hermosa señora se sentó en una gran mecedora que crujía, se alisó con esmero su bonito vestido verde salvia y adoptó un aire solemne.

—Como le dije al Gran Consejo, querida hadita, tu sueldo será de diez pétalos de rosa al mes más dos panecillos de naranja los días de fiesta. Y... me gustaría llamarte Felí, si a ti no te importa.

¡Oh, diez pétalos al mes estaban requetebién! Por no hablar de los panecillos de naranja, que me encantan. Pero «Felí»..., ¡oprimidocorazón!, ¿en qué había convertido mi precioso nombre?

Adopté, a mi vez, el tono más serio y solemne que pude y...

—Será un honor trabajar para usted, bruja Tomelilla —dije de un tirón. Y era cierto.

Lala Tomelilla era la bruja más famosa y estimada de todos los tiempos, para mí era un mito. Había recibido tres veces la Pluma de Oro al Valor y la Bondad, así como los reconocimientos más importantes por sus descubrimientos en el terreno de la magia. Sobre ella corrían mil leyendas, se decía que había cabalgado en un dragón alado, que podía domar las olas del océano con la mirada, que sabía hacer florecer la leña y mil cosas más. ¿Era de verdad todo aquello? Lo descubrí con el tiempo, aunque algo en sus ojos me decía que podía cabalgar en un dragón, ¡vaya que sí! Y que aquellas historias debían de ser ciertas. En cualquier caso, Tomelilla nunca presumió. Era una persona muy discreta y muy sabia, tal vez la más sabia de todas las brujas de la Luz.

Realmente, era un gran honor trabajar para ella. Y desde el primer momento resultaría ser una gran suerte también.

Roble Encantado

Fairy Oak era un pueblo precioso. Las casas de piedra tenían verandas y jardines de flores protegidos por tapias cubiertas de zarzamoras y rosales silvestres. Los habitantes, casi todos, eran muy amables y había muchos, muchísimos niños.

Pero algo en particular hacía realmente especial aquel pueblo: a causa de un antiguo hechizo, o quizá por deseo de las estrellas del Norte, Fairy Oak era el único lugar de todos los mundos, reales o encantados, donde humanos normales, humanos con poderes mágicos y criaturas mágicas vivían juntos, mezclados desde hacía tiempo en perfecta armonía. Brujas, hadas y magos habitaban las casas de Fairy Oak como ciudadanos corrientes, y como tales eran considerados en la comunidad.

Los «mágicos», como las brujas y los magos solían llamarse a sí mismos, habían sido los amos incontestables de aquellas tierras mucho antes que los «sinmagia». Y cuando éstos llegaron, en vez de combatirlos, los ayudaron a establecerse. El jefe de los mágicos indicó al jefe de los sinmagia un valle tranquilo que descendía en suave pendiente hacia el apacible mar de una bahía amplia y profunda. Era el valle de Verdellano. El monte Adum y bosques de altos árboles lo protegían de los vientos gélidos del este, y dos ríos de aguas cristalinas volvían la tierra verde y lozana.

Era un lugar de ensueño. De hecho, alguien lo había elegido ya por morada, ¡un roble! Estaba completamente solo en el centro de un claro y era el mayor árbol que los humanos hubieran visto nunca. Pero no era el tamaño su rasgo más sorprendente, sino que ¡el roble hablaba! O, para ser más precisos, no callaba nunca. Pronunciaba en voz alta todo lo que se le pasaba por la cabeza (si es que puede hablarse de cabeza), igual que hacen las personas solas.

El roble fue muy feliz al tener por fin compañía. Mágicos y sinmagia construyeron a su alrededor el primer pueblo de la región, al que llamaron, en ho-

nor del árbol, Fairy Oak, que significa justamente «Roble Encantado».

Pasaron los años. La alianza se transformó en amistad y los dos pueblos pronto pasaron a ser uno solo. Los conocimientos de cada pueblo, al ser compartidos, dieron resultados extraordinarios. Los sinmagia enseñaron a los mágicos el arte de la pesca, el de la agricultura y el de la cría de ganado, y también matemáticas, historia, geografía, etcétera. Los mágicos, por su parte, organizaron espectáculos portentosos en los que demostraron conocer una increíble variedad de magias y hechizos. Y algunos de ellos fueron muy útiles a la comunidad.

En dos cosas nunca llegaron a ponerse de acuerdo, las ciencias y la medicina, en las cuales mantuvieron cada uno sus propias ideas.

Durante años fue uno de los reinos más ricos y felices de todos los tiempos. Hasta que, una terrible noche de verano, empezaron los ataques. No de otros pueblos, pues no había por aquellas tierras. Fue el Mal Absoluto el que puso en su punto de mira el reino de Fairy Oak. Un enemigo sin rostro y sin alma, decidido a destruir por el simple placer de destruir.

El pueblo del valle tuvo que combatirlo varias ve-

ces, con muchos años por medio, y siempre lo derrotó. Por entonces yo era una hada muy pequeña y vivía en mi reino; de lo que sé sobre aquel enemigo me enteré después, por boca de Tomelilla y..., ay, en el campo de batalla.

No obstante, cuando llegué a Fairy Oak la armonía y la calma reinaban aún en el pueblo y no había ni sombra de combates desde hacía muchos años.

Y en todo aquel tiempo, las extravagantes costumbres de los sinmagia habían ido combinándose con las extravagantes costumbres de los mágicos y era casi imposible distinguir a unos de otros. Por ejemplo, Retamaloca Gill desapareció una tarde de verano de la butaca de su jardín. En su lugar dejó un balón de chocolate y una nota que decía: «¡Goool!». ¿Qué fue de Retamaloca Gill? ¿Era una humana —es decir, una sinmagia— que, harta, se había marchado dejando al marido con las dos cosas, el chocolate y el piebalón, que habían hecho que la desatendiera? ¿O bien era una bruja que, para celebrar el cumpleaños de su marido, se había transformado en aquello que él más quería? Nunca se supo; mientras los mayores hablaban del caso, los niños se comieron el balón, y Retamaloca Gill no volvió para dar explicaciones.

Todos sabían que Lala Tomelilla era bruja, y todos la apreciaban. Era, quizá, la ciudadana más honorable de Fairy Oak, y el respeto que sentían por ella me alcanzaba a mí, que recibía mimos y atenciones de casi todo el mundo. Y eso no es todo: como los mágicos de Fairy Oak que tenían sobrinitos alojaban a hadas niñeras como yo, también tenía muchas amigas.

Cada una de nosotras cuidaba de futuros magos y brujas. Las mías se llamaban Vainilla y Pervinca. Eran las sobrinas de Lala Tomelilla, hijas de su hermana Dalia Periwinkle.

La familia Periwinkle

La señora Dalia siempre fue muy amable conmigo; su marido, el señor Cícero, era un sinmagia un poco gruñón, aunque cortés.

—Felí, tus antenas interfieren en la señal de mi radio —me repetía continuamente—. ¡Haz algo, por favor!

¿Y qué podía hacer? ¡Las largas antenas de las hadas sirven precisamente para eso, para captar señales! No la señal de radio, claro, que llegó mucho después, sino las señales de socorro, de peligro, de alegría... ¡Desde luego, no podía cortármelas!

En cuanto a las niñas, eran tan hermosas como las flores cuyos nombres llevaban y casi siempre se portaban bien. Era el hada más afortunada del mundo.

Una sola cosa turbaba de vez en cuando mi estancia

en Fairy Oak: el olor a hollín. ¡Puaj! En las grandes ciudades era siniestrapestosísimo, lo sabía, pero para mí, que venía del reino de los Rocíos de Plata, incluso el leve hedor gris del pueblo me resultaba molesto a veces. Así que Lala Tomelilla me regaló un tarro de mermelada de moras, vacío pero todavía muy oloroso, que se convirtió en mi casita.

Mamá Dalia me hizo una camita de miga que cada día sustituía por otra de pan recién hecho, Cícero me regaló una caja de fósforos vacía que convertí en mi armario y transformó un carrete de hilo en el escritorio más bonito que haya tenido jamás una hada. Era una casita diminuta, pero para mí perfecta. Seguro que ya lo habréis comprendido: nosotras, las hadas niñeras, somos tan grandes —mejor dicho, tan pequeñas— como la palma de la mano de un niño.

También la casa de la familia era muy confortable, y me gustó desde el primer día. Mirándola desde fuera, se habría dicho que tenía tres plantas, pero por dentro era todo un sube y baja de peldaños y escaleritas que crujían. Un auténtico laberinto.

Había nueve habitaciones, aunque parecían cien. Todas se comunicaban a través de un complicado

sistema de puertas, escaleras y pasillos, y ninguna estaba al mismo nivel.

Los techos, el suelo y los muebles de madera creaban una atmósfera cálida y acogedora, sobre todo por la noche, cuando se encendían las lámparas y se prendía la leña en la gran chimenea de la sala. De día, las paredes de piedra blanca y rosada reflejaban la luz del sol que entraba por las grandes ventanas y la casa se iluminaba de oro.

Desprendía un agradable aroma a madera, aunque, olisqueando más detenidamente, se apreciaba que cada habitación poseía un perfume propio: la cocina, por ejemplo, olía a manzanas y madera de arce; la alcoba de las niñas, a lápices afilados y mantequilla de cacao a la fresa; el estudio del señor Cícero tenía el buen olor de los libros; en el salón predominaban los vapores del coñac; la habitación de Tomelilla olía a ropa recién lavada. Era fácil orientarse, simplemente había que fiarse más de la nariz que de los ojos.

Pasé muchos años en aquella casa y recuerdo cada instante, pues fueron los más bonitos e intensos de mi vida.